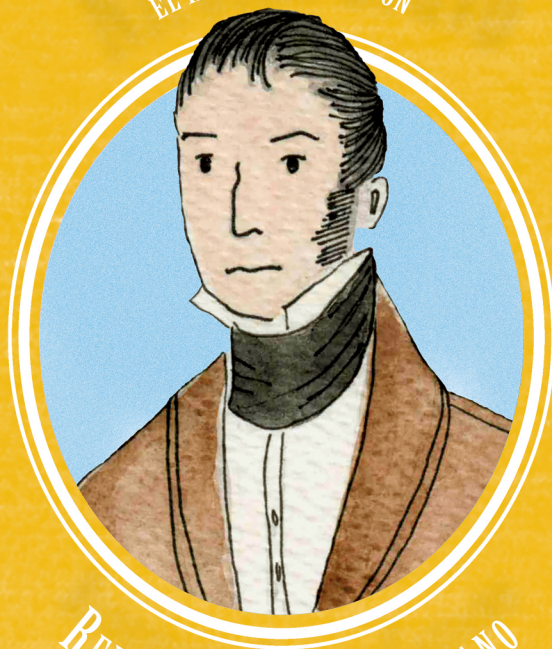


Biografías para
juventudes lectoras

Nicolás Bravo

EL HÉROE DEL PERDÓN



REVERIANO SIERRA CASIANO

SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

SECRETARÍA DE CULTURA DEL ESTADO DE GUERRERO

NICOLÁS BRAVO

EL HÉROE DEL PERDÓN



Biografías para
juventudes lectoras



Cultura
Secretaría de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Stella Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General



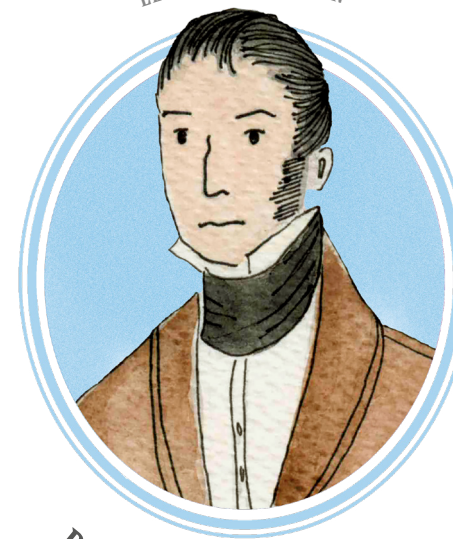
SECRETARÍA DE
CULTURA
DEL ESTADO DE GUERRERO

Mtra. Evelyn Cecia Salgado Pineda
Gobernadora Constitucional del Estado de Guerrero

Dra. Aída Melina Martínez Rebolledo
Secretaria de Cultura del Estado de Guerrero



NICOLÁS BRAVO
EL HÉROE DEL PERDÓN



REVERIANO SIERRA CASIANO

MÉXICO 2025

PRESENTACIÓN

¡Hoy tienes en tus manos este texto sobre el general Nicolás Bravo Rueda, gracias al apoyo del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) y al respaldo de nuestra gobernadora constitucional del Estado de Guerrero, M.C. Evelyn Salgado Pineda, quien, tejiendo alianzas estratégicas con Minera Media Luna, hace posible este legado escrito.

A través de estas páginas, el autor nos permite conocer la visión y perspectiva de Nicolás Bravo en diferentes momentos de su vida: como un criollo habitante del virreinato de Nueva España durante la época colonial, un insurgente en la guerra de Independencia y un político de importancia en las primeras décadas del México independiente.

Ediciones en formato impreso:
Primera edición, INEHRM, 2025.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM 2025.

D. R. © Reveriano Sierra Casiano, textos.

D. R. © Fernanda Hernández Rodríguez, ilustraciones.
con la edición de Rodrigo Oscar Rivera Meneses.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-622-1

HECHO EN MÉXICO

El general Nicolás Bravo tuvo una larga trayectoria, pero será siempre recordado como “el héroe del perdón”, porque tuvo la oportunidad de vengar el asesinato de su padre, pero prefirió otorgar el perdón a 300 soldados realistas que tenía capturados al conocer la trágica noticia de la muerte de don Leonardo Bravo. Este acto permitió a algunos de esos soldados reconocer la justicia de la causa independentista y sumarse a la lucha de los insurgentes. Este episodio anecdótico, visto históricamente, tiene un significado mayor: es una lección de concordia necesaria, ayer y hoy, para nuestro México.

Es mi deseo que este texto refuerce el conocimiento que tenemos sobre las personas, hombres y mujeres, niñas y niños, que vivieron la experiencia de luchar para darnos la patria que disfrutamos el día de hoy, y que son un ejemplo de humanidad y de amor por un país mejor.

Enhorabuena.

DRA. AÍDA MELINA MARTÍNEZ REBOLLEDO
Secretaria de Cultura del Estado de Guerrero

En la plaza de Chilpancingo, capital del estado de Guerrero, a un costado de la catedral y frente al palacio de gobierno, se encuentran cuatro estatuas. Las figuras esculpidas en bronce son de grandes personajes de la historia de México: Juan Álvarez, José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero y Nicolás Bravo. Nadie presta mucha atención a esas estatuas que se han vuelto parte del paisaje, salvo algún turista ocasional que se detiene a tomarse una fotografía. Entre el bullicio de los vendedores ambulantes, la música, el ruido de los carros y las conversaciones de los enamorados, nadie escucha los discursos que pronuncian las estatuas, las conversaciones que mantienen entre ellas e incluso discusiones. Esa mañana empieza Nicolás Bravo, quien exclama:

—¡Yo hice más que Juan Álvarez y que Vicente Guerrero por este país! ¡Yo luché en todas las guerras de la primera mitad del siglo XIX! ¡Yo me enfrenté a los españoles, franceses y estadounidenses!

Álvarez resopla y no presta atención, pero Guerrero responde:

—¡Yo habría peleado en todas esas guerras, como lo hice durante los once años que duró la guerra por la Independencia, pero en parte gracias a ti me fusilaron!

—Yo no tuve nada que ver en eso —responde Bravo, molesto—. Yo sólo quería salvar el país del caos en el que tus amigos “los yorkinos” querían meternos.

—Todo lo contrario, mi estimado Nicolás —vuelve a replicar Guerrero—. Eran tus amigos “los escoceses” los que nos llevaban por la senda equivocada y tú los apoyaste.

—¡Mentira! Y para colmo, la historia de mi vida se pierde en el olvido mientras que a ustedes se les recuerda como héroes nacionales y próceres de este estado que hoy lleva tu nombre. En cambio, de mí casi nadie se acuerda; pero mira, se acercan un niño y una niña, seguro que ellos querrán escuchar mi historia.

UN DÍA EN EL CORAZÓN DE CHILPANCINGO

Los 14 de septiembre de cada año, en las escuelas de Chilpancingo, varios grupos escolares son llevados de paseo a la catedral de la ciudad, donde se encuentra un monumento que conmemora la reunión del Congreso de Anáhuac en ese lugar,



un lejano año de 1813 durante la guerra de Independencia. Los alumnos escuchan sobre el Grito de Dolores con el que el cura Miguel Hidalgo llamó al pueblo a luchar contra el mal gobierno de los españoles, la madrugada del 16 de septiembre de 1810; sobre las hazañas del gran José María Morelos, quien llegó al sur comisionado por Hidalgo para levantar en armas la región y tomar el puerto de Acapulco; y sobre el valor y los sacrificios de las familias y personas que apoyaron la lucha por la igualdad y la libertad en aquellas tierras.

Un día, entre esos grupos de alumnos de primaria, se encuentran un niño y una niña más curiosos de lo habitual, quienes al escuchar sobre Morelos y los insurgentes deciden no quedarse con las ganas de ver las estatuas de la plaza, así que aprovechan una distracción de su profesora para acercarse a los monumentos. La efigie de Morelos ese día se encuentra dormida pero no así la de Bravo, que se dirige a ellos: ¡Oigan! ¡Ustedes! El niño y la niña, ¡bienvenidos, acérquense! Seguro que están aquí para conocer al general Nicolás Bravo.

Pues hoy están de suerte porque me encuentro de humor para contarles mi historia.

—En realidad queríamos ver cómo era el Generalísimo Morelos —aclara el niño—. Pero nunca nos negamos a escuchar una buena historia.

—Así es, cuéntenos, señor, ¿quién fue Nicolás Bravo?

LA HISTORIA DE UN BRAVO

Nací el 10 de septiembre de 1786 en esta tierra, que hoy se llama Chilpancingo de los Bravo en recuerdo de mi familia. Los Bravo poseíamos la hacienda de Chichihualco, cerca de aquí. Allí pasé mis primeros años, aprendí a montar y recibí las clases de primeras letras. Me gustaban las lecciones, aunque a veces se me hacían muy largas y antes de que terminaran ya estaba pensando en salir a correr y a montar. La verdad no era una mala vida para nosotros, todos respetaban a mi familia y vendíamos los productos de nuestra hacienda en las ciudades de Puebla y México.

Pero para la mayoría de la población sí era muy difícil sobrevivir al hambre, a las sequías, a las largas jornadas de trabajo y a las enfermedades de esa

época. La Nueva España era una sociedad de diferencias que uno arrastraba desde su nacimiento: los indios, negros, castas, y mestizos eran la mayor parte de la población, pero también eran los más pobres y explotados.

Los criollos (así se les llamaba a los descendientes de españoles nacidos en América), como nosotros, teníamos más oportunidades de prosperar, aunque también se nos hacía de menos en comparación con los españoles que llegaban de Europa a enriquecerse. Cuando yo era niño, escuchaba a mis tíos y a mi padre quejarse de esta situación, pero ellos creían que nada iba a cambiar nunca.

A finales del siglo XVIII empezaron a llegar algunas noticias de revoluciones e ideas de igualdad y libertad, pero nada de eso parecía aplicar para este país que entonces se le decía Nueva España. En ese tiempo casi todos eran fieles al rey y a la religión católica, además la Inquisición y las autoridades perseguían y castigaban cualquier opinión contraria al orden establecido. En 1808, cuando se recibieron noticias de que el rey fue apresado por los franceses, los españoles reprimieron a aquellos



criollos que se atrevieron a proponer que se estableciera una junta de gobierno para Nueva España mientras el rey volvía de su cautiverio. Incluso arrestaron al virrey José de Iturrigaray porque se había mostrado de acuerdo con este proyecto. Los españoles no querían ni el más mínimo cambio que pudiese afectar sus intereses y su posición de privilegio.

Cuando mi familia se enteró de estos acontecimientos que ocurrieron en la ciudad de México, nos llenamos de coraje por los criollos que murieron en prisión y por la destitución del virrey; aunque nadie lo estimaba, se suponía que el virrey era la personificación del rey de España: sólo el monarca podía designar y reemplazar a un virrey, pero los peninsulares lo sustituyeron fácilmente. Entonces parecía que cualquier español se sentía con derecho a gobernar América. En ese caso: ¿no teníamos mayor derecho los nacidos en Nueva España? ¿No deberíamos gobernar los americanos en nombre del rey en ese momento? ¿Ustedes qué creen, niños?

—Así debería de ser, señor Bravo —responde la niña—. Los ciudadanos y las ciudadanas de cada

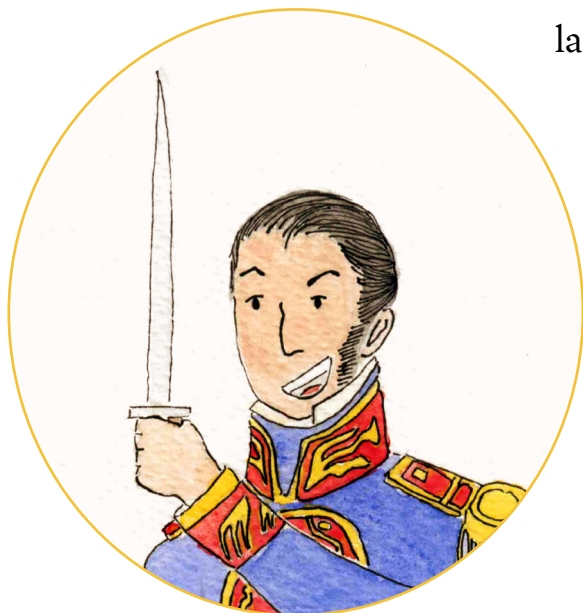
país tienen el derecho de elegir a sus gobernantes. Esto que nos cuenta es lo que se conoce como los antecedentes de la guerra de Independencia ¿cierto? ¿Y qué pasó después?

Después de la prisión del virrey Iturrigaray, muchos criollos dejaron de considerar legítimo el gobierno de la Nueva España, así que empezaron a organizar conspiraciones y a buscar alianzas con los indios y mestizos para quitar el poder a los españoles. En la ciudad de Querétaro, en 1810, se organizó una conspiración de la que surgió una rebelión encabezada por el cura de la parroquia de Dolores, Miguel Hidalgo, quien se dirigió del Bajío a la ciudad de México al frente de un ejército popular de 100 mil personas. Ese cura de pueblo, convertido en capitán general de América por aclamación popular, envió emisarios a diferentes regiones del reino. Uno de ellos fue Morelos, a quien encargó levantar en armas estos rumbos. Al poco tiempo nos enteramos de que Morelos había publicado el *Plan del gobierno americano*, en el que se denunciaba la ambición de los españoles y decretaba la abolición del tributo y de las distinciones

étnicas. Esto, naturalmente, sumó a la rebelión a grandes sectores populares del sur del país que llevaban décadas sufriendo agravios y carencias.

El carácter popular de la rebelión insurgente asustó a muchas familias americanas que, aunque tenían demandas contra el régimen virreinal, temían mucho más a una revuelta social de indios o de negros y mulatos. En Chilapa, mi suegro Joaquín Guevara empezó a organizar milicias para combatir a los insurgentes y, aunque nos convocó para sumarnos, después de pensarlo un poco con mi padre y mis tíos Miguel, Máximo y Víctor,

nos sumamos a las filas de Morelos. Bajo las órdenes de Hermenegildo Galeana pronto participé en la toma de Tixtla y Chilapa a mediados de 1811.



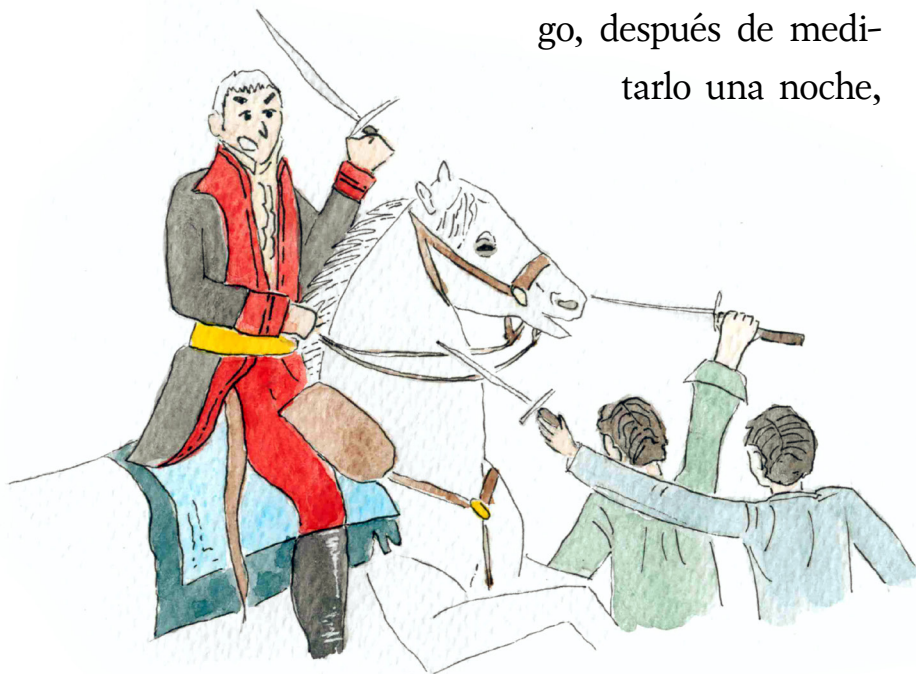
El apoyo de mi familia fue importantísimo para que Morelos lograra controlar el sur en poco tiempo, excepto el puerto de Acapulco que se nos resistió unos años. Juntos convertimos esas tierras en el bastión de la insurgencia para, desde allí, buscar extendernos a las ciudades más importantes del reino. En poco tiempo, mi padre fue nombrado brigadier de América y segundo al mando del general Morelos; a mí se me nombró comandante de Veracruz, provincia de gran importancia por el camino que conectaba con la capital de Nueva España. Allí me encontraba, en Medellín, cuando recibí la noticia de que mi padre había sido condenado a muerte.

De febrero a mayo de 1812, las tropas de Morelos resistieron de manera heroica los ataques, el hambre y las enfermedades sobre Cuautla (hoy estado de Morelos), y contra toda posibilidad lograron romper el cerco realista que había montado sobre la población el Ejército del Centro, al mando de Félix María Calleja, quien había derrotado a Hidalgo e Ignacio Allende unos meses antes. Fue una proeza de los insurgentes, que se recuerda

como “El Sitio de Cuautla”, pero en la retirada lamentablemente mi padre fue capturado.

Nada pudo salvarlo, Morelos ofreció 300 prisioneros realistas a cambio de su vida, pero el virrey no aceptó. Mi pobre madre, Gertrudis Rueda, también le escribió para intentar convencerlo de perdonar a mi padre, pero tampoco tuvo éxito. Uno de los días más tristes de mi vida fue cuando me avisaron que mi padre había sido ejecutado de manera cruel en la ciudad de México el 14 de septiembre de 1812. Con esa trágica noticia también recibí la orden de fusilar a los soldados realistas que tenía prisioneros. Sin embar-

go, después de meditarlo una noche,



decidí perdonarles la vida y dejarlos en libertad. Muchos de ellos se sumaron a nuestras filas, sorprendidos por este acto.

—¡Ah! Ahora entiendo por qué esta placa debajo de usted pone “El héroe del perdón” —exclama de pronto la niña que escuchaba con atención—. Es sorprendente que decidiera dar la libertad a los soldados a pesar de que habían asesinado a su padre. Debió ser muy triste para usted recibir esa noticia ¿no se sintió desanimado y pensó en abandonar las armas?

La lucha no podía detenerse. En septiembre de 1813, Morelos convocó el Congreso de Anáhuac, que se reunió en la iglesia de aquí a lado, para declarar la independencia absoluta de la América Mexicana y redactar una constitución republicana. Así, los insurgentes dejamos de pelear por la independencia en nombre del rey para defender la independencia absoluta. Morelos fue elegido Generalísimo y empezó a organizar una campaña sobre Valladolid, para la cual convocó a todos sus oficiales. Atacamos el 23 de diciembre, pero fuimos rechazados con grandes pérdidas y mi batallón



fue prácticamente aniquilado. Ha sido mi peor desastre militar. No pude contener las lágrimas, mientras íbamos en retirada empecé a llorar como un niño (sin ofender).

Ese año de 1813 terminó muy mal, pero 1814 comenzó peor: mi tío Miguel fue fusilado en Puebla, en abril. También ese año el realista Gabriel Armijo logró apoderarse de nuestra hacienda de Chichihualco. Pero no sólo se cerraba el cerco sobre mi familia, la insurgencia entera se debilitaba. Para agravar las cosas, Morelos fue fusilado a finales de 1815. Yo estaba con él cuando fue aprehendido en Tmalaca; me habría quedado a su lado hasta el final, pero me mandó a proteger a los diputados del Congreso. Aunque después varios



insurgentes dimos un paso al frente, como Manuel de Mier y Terán, Vicente Guerrero o Guadalupe Victoria, ninguno de nosotros podía igualar la capacidad y el carisma de Morelos.

No nos quedó de otra que hacer cada uno la guerra por su cuenta. Así seguimos por años, dispersos, luchando a través de tácticas de guerrilla y ocultándonos en montañas, barrancas y cuevas del sur y de Tierra Caliente. Así fuimos cayendo varios, hombres y mujeres, muertos o prisioneros: Xavier Mina, Carlos María de Bustamante, Andrés Quintana Roo y Leona Vicario, José María Cos, Gertrudis Bocanegra, Ignacio López Rayón y yo.

A mí me capturaron en diciembre de 1817 y me trasladaron a Cuernavaca, donde fui condenado a muerte. Pensé que sin duda iba a morir, pero mi ejecución fue pospuesta gracias a que el virrey Juan Ruiz de Apodaca, el conde del Venadito, estaba impulsando una política de perdón y olvido para convencer a los insurgentes de dejar las armas. Me salvé de ser fusilado pero la prisión fue un infierno. Los grilletes que llevé durante años



me dejaron marcado para siempre. Aun así, lo que más me dolía eran las penurias de mi esposa y de mis hijos; dedicaba mi tiempo en la cárcel a hacer manufacturas para vender y obtener algún dinero, pero eso no era suficiente.

Creo que no les había hablado de mi familia. Me casé con Antonina Guevara poco antes del inicio de la guerra de Independencia. Primero mi esposa se había quedado esperando mi regreso, pero conforme se fue prolongando el conflicto los insurgentes prefirieron trasladarse de un lugar a otro con sus familias, para evitar su captura y represalias; de ese modo la guerra, los desvelos, el miedo, los duros trayectos y los nacimientos de nuevos hijos se convirtieron en práctica cotidiana de la vida familiar de quienes peleábamos y de las mujeres y niños que nos acompañaban.

—Qué difícil debió ser para los niños verse envueltos en esa guerra —exclama la niña sorprendida—. ¿Y cuántos años estuvo en prisión, señor Bravo? Por lo que veo la historia de la guerra de Independencia es muy larga y pasaron muchas cosas; a veces recordamos el Grito de Dolores, pero ese fue sólo el comienzo. Síguenos contando, por favor.

Estuve tres años en prisión. Aunque Guerrero y yo tuvimos nuestras diferencias y enfrentamientos, debo reconocer que fue uno de los pocos que

rechazó el indulto y las promesas de recompensa que le ofreció el virrey y prefirió continuar con la lucha en las montañas del sur. Sin embargo, poco podía hacer, la guerra parecía no tener fin: para terminar el conflicto se necesitaba de una combinación de circunstancias improbables que finalmente se dieron.

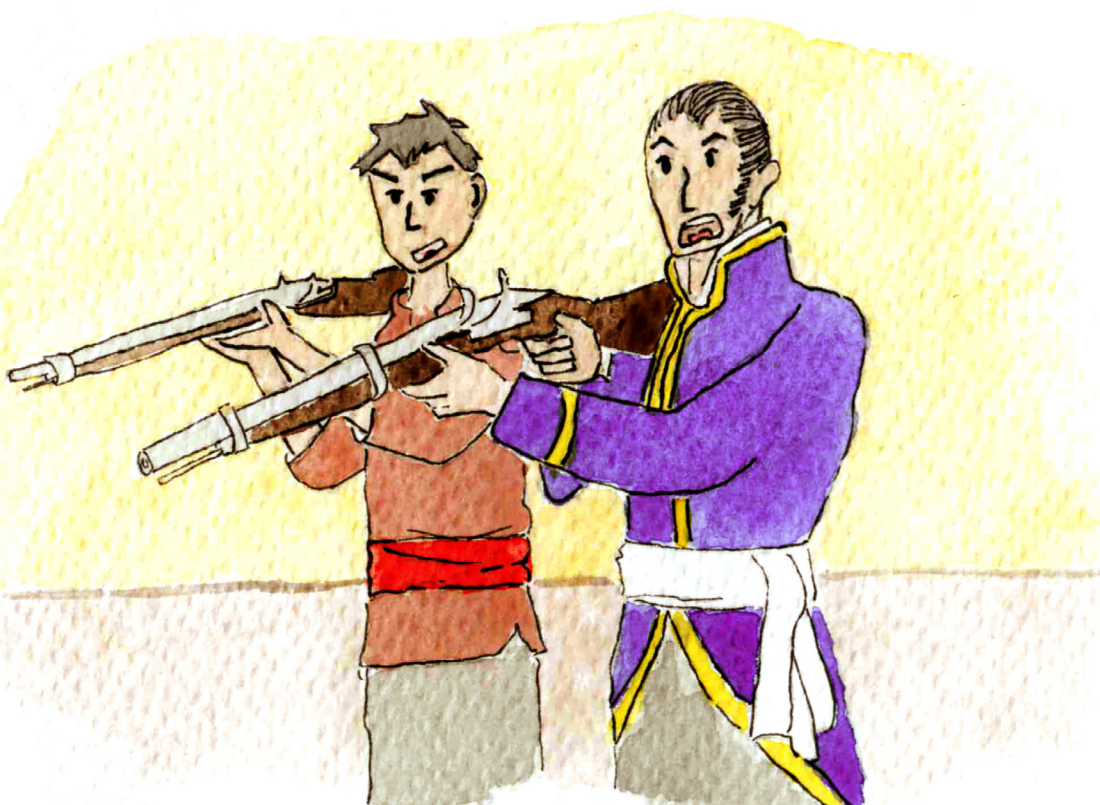
A principios de 1820, en España, un movimiento militar obligó al rey déspota Fernando VII a jurar la constitución liberal que se había promulgado unos años antes y que él mismo había prohibido para gobernar sin límites a su poder. Los liberales españoles también restablecieron las cortes, una especie de congreso soberano que empezó a tomar medidas contra el clero y la iglesia para disminuir su influencia. Para evitar la aplicación de esas disposiciones en Nueva España, y para terminar con la guerra que ya se había prolongado demasiado, la idea de la independencia empezó a cobrar fuerza entre quienes llevaban años combatiendo a los insurgentes. También, por efecto de uno de los indultos decretados por las cortes españolas, conseguí mi libertad en octubre de aquel año.



Salí con la firme intención de retirarme a la vida privada y dedicar el tiempo que me quedaba a mi familia y a recuperar los bienes que nos fueron incautados. Pero todo se volvió a alterar en el sur del país y en mi conciencia por unas cartas que recibí al poco tiempo. En febrero de 1821, el coronel realista Agustín de Iturbide, uno de los enemigos más encarnizados de los insurgentes, acordó con Guerrero una alianza para sostener el Plan de Iguala. El documento llamaba a defender la independencia, la religión y la unión de americanos y españoles, mediante la creación de un ejército que se llamaría de las Tres Garantías. Después de un periodo de titubeos, muchos oficiales realistas empezaron a cambiar de bando y a sumarse al proyecto “trigarante”. También insurgentes como Juan Álvarez, Pedro Ascencio y yo nos sumamos a este nuevo plan de independencia.

El Plan de Iguala me pareció bien en términos generales, aunque el proyecto insurgente años antes había transitado hacia el gobierno republicano y lo que ahora se proponía era el establecimiento de una monarquía constitucional, que se llamaría

Imperio Mexicano, se trataba de la única alternativa para los insurgentes de alcanzar la independencia por la que se había peleado tanto tiempo. Y aunque yo había jurado que no me involucraría en nuevas luchas, me convencieron de que la patria necesitaba de todos los brazos de sus hijos para alcanzar la paz de manera rápida y evitar un gran derramamiento de sangre. Me sumé al proyecto de Iguala como un soldado más, sin reclamar condecoraciones o nombramientos pasados, y colaboré en la conquista de Puebla, ciudad estratégica a un paso de la capital.



El 27 de septiembre de 1821, 16 mil efectivos del ejército de las Tres Garantías entraron a la ciudad de México y al día siguiente se firmó el *Acta de Independencia del Imperio Mexicano*. Por fin, después de once largos años y de tantos sacrificios de hombres, mujeres y niños, México logró ser una nación independiente.

—Ese día debió ser de mucha alegría y felicidad para quienes presenciaron el desfile del primer ejército mexicano sobre las calles de la capital, quisiera haber estado allí —menciona el niño con voz emocionada—. Allí acaba la historia de la guerra de Independencia, pero apenas inicia la historia de nuestro país. A usted le tocó vivir muchos de esos años ¿no es cierto, señor Bravo? ¿Quisiera seguir contándonos, por favor?

En efecto, la historia sigue. Al optimismo por el fin de la guerra siguió la incertidumbre por el rumbo y la estabilidad de México como nación independiente. En 1822, Iturbide fue proclamado emperador, pero pronto se mostró como un déspota al disolver el primer congreso constituyente. Ese acto de tiranía puso a todas las provincias en su

contra y los viejos exinsurgentes nos sumamos a la oposición republicana contra el imperio. Cuando Iturbide abdicó la corona, el 19 de marzo de 1823, yo lo escolté hasta Veracruz de donde partió hacia el exilio. Para reorganizar el gobierno, el poder ejecutivo fue encargado a un triunvirato integrado por Pedro Celestino Negrete, Guadalupe Victoria y por mí. Además de esa distinción, el congreso me declaró Benemérito de la Patria y me otorgó el grado de general de división. Mientras tanto, en el resto del país se había extendido la idea de establecer una república federal porque los habitantes de las provincias querían que sus territorios fueran reconocidos como estados libres y soberanos y amenazaban con separarse de México en caso de que no se adoptara esa forma de gobierno.

Era un momento delicado: la guerra civil y la desintegración territorial del país eran peligros reales, pero se logró superar ese momento de crisis (el primero de varios). El 4 de octubre de 1824 el nuevo congreso promulgó la Constitución mediante la cual México se convirtió en una República Representativa Popular Federal, integrada por

estados libres y soberanos, organización política que sigue vigente hasta hoy. Unos días después se realizó la primera elección presidencial en la que resultó ganador Guadalupe Victoria y yo fui electo vicepresidente. Imagínense, yo, un rancharo del sur del país, elevado a la segunda magistratura de la nación. Sólo se puede entender un cambio así por la revolución de Independencia que eliminó muchas de las jerarquías y barreras sociales de la época colonial, pero ¡pobre de la patria porque esa libertad e igualdad malentendidas fueron utilizadas para llevarnos al desorden y anarquía!

—¡Ya vas a empezar a echar la culpa de todo a los yorkinos! —Grita de pronto la estatua de Guerrero—.

—No te metas y déjame contar la historia desde mi punto de vista...

...Durante el gobierno de Victoria se fueron conformando dos partidos políticos. Los yorkinos se identificaron con la defensa del federalismo radical y la apertura del sistema político a las masas sociales a través de la eliminación de las restricciones para ejercer el voto, mientras que en el partido escocés se temía a esos principios por el desorden

que podían acarrear. Los yorkinos, apoyados en el populacho, empezaron a apoderarse de todos los puestos en el gobierno y lanzaron una campaña contra los españoles que llevó a las arbitrarias leyes de expulsión. Esto debió ser suficiente para mostrar a la gente de bien que los radicales no tenían ningún respeto por los derechos de los ciudadanos ni aprecio por las leyes, pero nadie hacía nada para contenerlos, ni el presidente. Así que tuve que hacerlo yo, el vicepresidente actuó para intentar salvar el edificio social que amenazaba con derrumbarse.

El 23 de diciembre de 1827, el coronel Manuel Montaña proclamó en Otumba un plan político en el que se exigía la disolución de los partidos políticos. El Plan de Montaña o de Otumba fue en realidad ideado por mí y, a principios de 1828, me puse a la cabeza de las pocas tropas que defendían el proyecto. Mi intención era agitar la vida política y dialogar para llegar a acuerdos con el gobierno, pero la opinión pública dominada por los yorkinos pidió de manera furibunda aniquilar el movimiento por las armas y el presidente Victoria se apre-

suró a reunir toda la fuerza del Estado, como si se fuera a combatir una invasión extranjera. Guerrero, aquí al lado, fue el encargado de reducirme por la fuerza. Nunca se lo perdonaré.

El congreso me condenó al destierro por seis años. Me quedé un tiempo en Centroamérica, pero el desarrollo de los acontecimientos en México me hizo ver la necesidad de estar en un lugar con mayor comunicación en Estados Unidos. Al parecer, yo no estaba tan equivocado y la república se encontraba al borde del precipicio.

En septiembre de 1828 se realizaron elecciones presidenciales para sustituir a Victoria. Aunque Guerrero tenía el apoyo popular y del partido yorkino, el voto restringido de los congresos estatales favoreció a Manuel Gómez Pedraza, candidato de los escoceses. Sin embargo, los simpatizantes de Guerrero no reconocieron los resultados de la elección y organizaron una movilización militar y popular que obligó a Pedraza a salir del país. Guerrero asumió la presidencia el 1 de abril de 1829, con lo que se consumó el atentado contra la constitución. Fue el golpe de realidad que varias personas moderadas como yo



necesitaban para conformar un frente común contra los radicales. Me preparé para volver al país porque me informaron que se estaba organizando una coalición importante contra el gobierno de Guerrero, pero, lamentablemente, también era un hecho que los españoles harían un intento de reconquista de México desde Cuba.

—Qué triste saber que mientras se preparaba una invasión extranjera contra México, al interior del país había división y los insurgentes que habían sido compañeros de armas luchaban entre ellos —se lamenta la niña que seguía escuchando con atención—. Señor Bravo, ¿por qué no apoyó a Guerrero? ¿Si el pueblo lo apoyaba no debía gobernar él?

—Además, ¿no cree que los principios igualitarios y federalistas eran adecuados para México? —Agrega el niño—.

—¡No! ¡No es así! —Exclama Bravo furioso—. Esas ideas están bien ahora, pero en ese momento nos iban a llevar a la ruina. ¿Por qué cuestionan lo que les digo? Creo que ya no quiero contarles mi historia. De hecho, miren: ¡los buscan!

—¡Isabel! ¡Antonio! Con que aquí están. ¡Me tenían preocupada! —Se escucha a una maestra que se acerca a donde están los niños y los monumentos—. ¿Por qué se separaron del grupo?

—Queríamos ver la estatua de Morelos y el monumento de Nicolás Bravo empezó a contarnos su historia.

—¿La estatua? Imposible. ¿Por qué inventan esas cosas? ¿Para evitar ser castigados?

—Te aseguramos que es verdad, y aunque nos castigues nos quedamos a medias en la historia. ¿Tú podrías contarnos qué pasó con Nicolás Bravo y con México a partir de 1829?

EL PAÍS A LA DERIVA

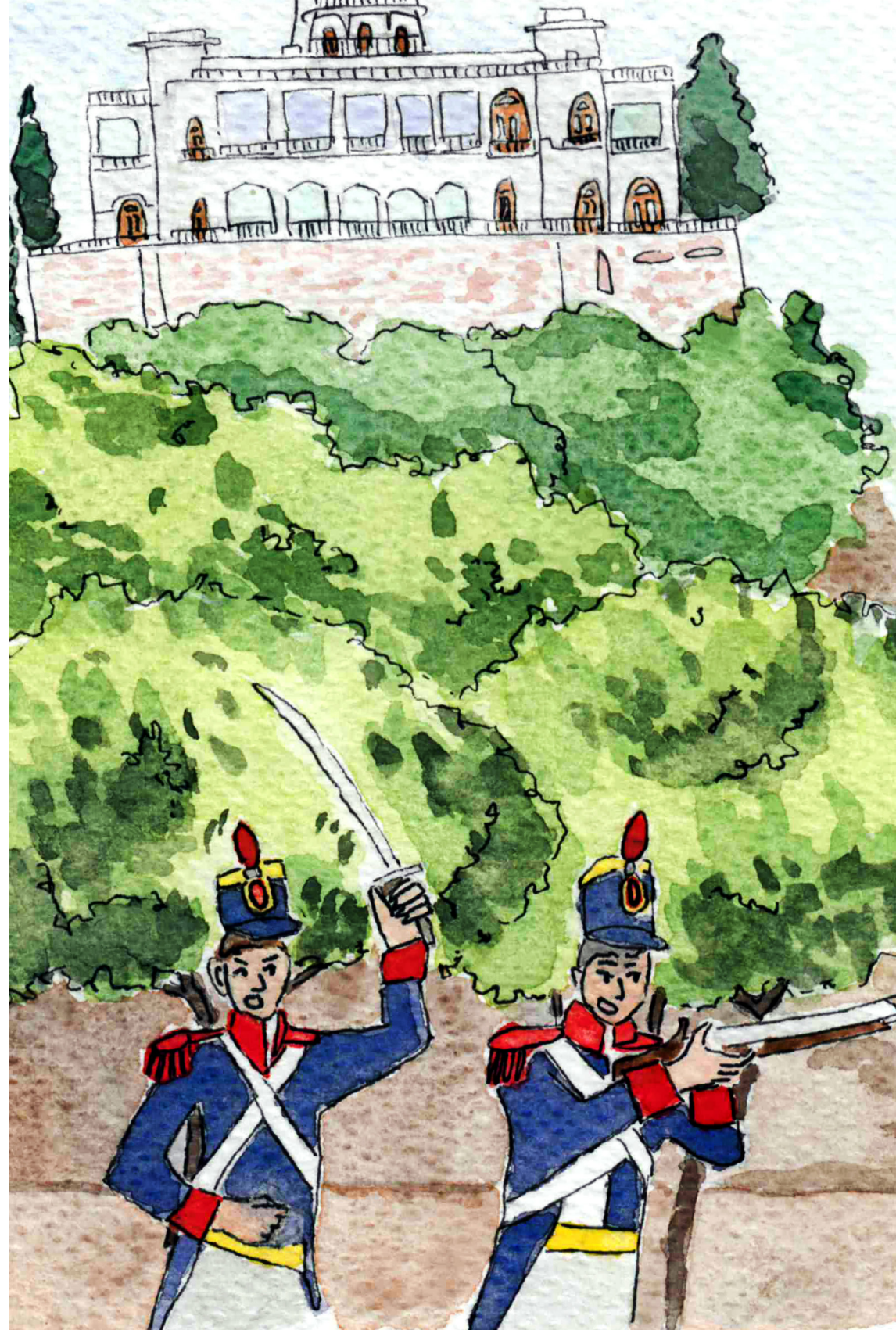
En septiembre de 1829, la expedición de reconquista española fue derrotada en Tampico por las fuerzas mexicanas, pero el gobierno de Guerrero no logró sobrevivir mucho tiempo. A finales de aquel año, un nuevo movimiento militar lo obligó a salir de la capital. Al poco tiempo el Congreso lo declaró incapacitado para gobernar y Anastasio

Bustamante lo sustituyó en la presidencia. Bravo, quien ya había regresado al país, se alineó con el nuevo gobierno y combatió a Guerrero y a sus partidarios en la llamada “Guerra del sur”. Los combates fueron sangrientos y sólo se alcanzó la pacificación una vez que Guerrero fue traicionado y fusilado el 14 de febrero de 1831.

El gobierno de Bustamante estuvo controlado por los adversarios de los yorkinos, pero este periodo presidencial tampoco se logró completar en paz. En 1833, Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez Farías ocuparon la presidencia y la vicepresidencia. Gómez Farías aprovechó la ausencia del presidente para realizar un intento de reforma liberal, encaminado a disminuir el poder del ejército y la iglesia porque consideraba que eran un obstáculo para el progreso del país. Este primer proyecto liberal consternó a los conservadores que decidieron terminar con el federalismo. En 1835, con el apoyo de Santa Anna, la República Federal fue derogada y se estableció un sistema de gobierno centralista que convirtió a los estados soberanos en departamentos y que permitía un mayor control

político y social. Los habitantes de Texas, muchos de ellos colonos estadounidenses, aprovecharon el cambio de sistema para declarar su independencia y empezaron a contemplar su anexión a los Estados Unidos de América.

En general, en la primera mitad del siglo XIX el país no logró la estabilidad y el progreso que se esperaba cuando México alcanzó su independencia. Las diferencias ideológicas y las ambiciones personales de las principales figuras militares y políticas de la época condujeron al país a una constante inestabilidad. Las intervenciones extranjeras complicaron aún más el panorama: en 1837 México enfrentó una intervención francesa, conocida como la Guerra de los Pasteles; entre 1846 y 1847, sufrió la catastrófica invasión estadounidense, que cercenó más de la mitad del territorio nacional. La difícil situación del país agudizó el antagonismo entre las posturas políticas, polarización que se fue manifestando en las confrontaciones entre yorkinos y escoceses, federalistas y centralistas y, finalmente, entre liberales y conservadores.



Todos esos acontecimientos y enfrentamientos marcaron la vida de Bravo. En el plano militar, en 1836 fue nombrado comandante de la expedición contra los texanos; en 1838 fue designado general en jefe de la división del sur del ejército mexicano para la defensa contra la intervención francesa y, en 1847, en el marco de la guerra contra Estados Unidos, fue nombrado comandante de Puebla, del Estado de México y de la capital. Fue también el encargado de la defensa del Castillo de Chapultepec. En su vida política, en varias situaciones de urgencia ocupó la presidencia del país: en julio de 1839, de octubre de 1842 a mayo de 1843, y en unos meses de 1846.

En su postura ideológica, la obsesión de Bravo por el orden y el temor a la anarquía social lo inclinaron hacia una postura moderada, hacia una idea de libertad esclava de la ley, que muchas veces se acercó al conservadurismo. En el manifiesto que dirigió a sus conciudadanos al salir exiliado en 1828 se describió a sí mismo: “Siempre he estado persuadido de que la moderación jamás debe faltar al hombre público, y he procurado, acaso con éxito feliz, que ella forme el fondo de mi carácter”.

Estas convicciones medidas estaban presentes en Nicolás desde la guerra de Independencia y se mantuvieron como fundamento de varias de sus acciones en la época nacional. Por ejemplo, aunque no fue un entusiasta de la organización federal de la república tampoco fue un firme partidario del centralismo excesivo. Más bien consideraba que las regiones del país necesitaban autogobierno, pero en sintonía con un gobierno nacional fuerte. Por ello, en octubre de 1841 estableció una alianza con Álvarez para presentar al Congreso la propuesta de creación del Departamento de Acapulco, proyecto que en 1849 llevó a la formación del estado de Guerrero.

Entonces, entre los extremos políticos, Bravo buscó una posición intermedia y moderada. Así lo expresó también en el documento que en 1828 dirigió a sus compatriotas y que fue el norte de gran parte de su trayectoria política: “Nada os falta sino la concordia, el respeto por el derecho de vuestros semejantes, y un régimen justo y moderado”.

Sin embargo, pasado el ecuador del siglo XIX, en la política mexicana no cabía el moderantismo.

En marzo de 1854, el coronel Florencio Villarreal proclamó el Plan de Ayutla, al que se sumaron Juan Álvarez e Ignacio Comonfort en el sur del país. Ese plan fue la semilla de la Reforma Liberal y el preámbulo de la guerra civil que enfrentaría a los liberales y conservadores durante casi una década. Sin duda, Bravo se vería forzado a tomar partido a favor o en contra del proyecto de Ayutla, pero no viviría para sumar una revolución más a su larga trayectoria: “El Héroe del perdón” falleció el 22 de abril de 1854 en la hacienda de Chichihualco.



BIBLIOGRAFÍA Y DOCUMENTOS SOBRE NICOLÁS BRAVO

- BRAVO, Nicolás, *Manifiesto del Exmo. Señor D. Nicolás Bravo. General de división, Benemérito de la Patria y primer vicepresidente de la República Mexicana*, México, Imprenta de Galván, 1828.
- HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, Juan E., *Historia de la Guerra de Independencia de México*, 6 vols., primera edición facsimilar en formato electrónico, México, INEHRM, 2021.
- MIRANDA ARRIETA, Eduardo, *Nicolás Bravo*, México, Gobierno del Estado de Guerrero, 2018.
- PAVÍA MILLER, María Teresa, *Nicolás Bravo: su vida, acciones y pensamiento políticos*, tesis de doctorado, UNAM, 2018.





NICOLÁS BRAVO

EL HÉROE DEL PERDÓN

REVERIANO SIERRA CASIANO

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO Y LA
SECRETARÍA DE CULTURA DEL ESTADO DE GUERRERO.

Se terminó en la Ciudad de México en octubre de 2025.

Nicolás Bravo, el “Héroe del perdón”, nació el 10 de septiembre de 1786 en la actual Chilpancingo de los Bravo —capital del estado de Guerrero—, llamada así en honor a su familia, una de las más importantes de la región sureña en aquella época.

Nicolás es conocido con este calificativo porque perdonó la vida de trescientos enemigos prisioneros, muchos de los cuales, impresionados por la magnanimidad del joven insurgente, decidieron sumarse a la guerra de Independencia.

Él y toda su familia se unieron a la causa independentista, al mando de José María Morelos, quien fue instruido por el cura de Dolores, Miguel Hidalgo, para que iniciara la lucha en el sur del país.

A Nicolás Bravo le tocó vivir la época convulsa del nacimiento de México. En 1824 fue elegido vicepresidente de Guadalupe Victoria, el primer presidente de nuestra historia.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México



TRANSFORMANDO
GUERRERO
GOBIERNO DEL ESTADO
2021 - 2027

SECRETARÍA DE
CULTURA
DEL ESTADO DE GUERRERO

Minera
Media Luna
S.A. DE C.V.

Torex Gold
RESOURCES INC.